



CAPÍTULO II

LA OMNIPOTENCIA Y LA CIENCIA DE DIOS

I

SI la bondad de Dios Nuestro Señor nos ha llenado de delicias y encanto, también hallaremos todo esto en los divinos atributos, de que tendremos que tratar en este capítulo.

El poder de Dios es infinito, porque su Ser divino, también infinito, no está limitado por cosa alguna que pueda contenerlo. Es tanto más poderosa la acción de los agentes, cuanto es más perfecta la forma por que obran; mas Dios obra por su esencia, la cual es infinita, y por esto también lo es su poder. Puede todo lo que es posible en absoluto (1).

(1) D. Thom. cit. q. XXV, á I-III

He aquí ahora los sentimientos que nos inspira la omnipotencia del Señor. Dios todo lo puede; nadie puede resistir á su santa voluntad; nadie escapar de sus manos. Caminaba el anciano Eleázaro al suplicio por no quebrantar la santa ley de Dios; mas algunos, á fin de libertarle, le aconsejaban que aparentase cumplir con las órdenes del rey, que mandaba comer carnes ofrecidas á los ídolos. Eleázaro contestó que más bien quería morir; porque no es decoroso, dijo, á nuestra edad, usar de esa ficción... Fuera de esto, aun cuando pudiese librarme al presente de los suplicios de los hombres, yo no podría, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Omnipotente (1). He ahí cómo el pensamiento de la divina Omnipotencia infunde en el alma de Eleázaro un santo temor que le prohíbe cometer un detestable crimen y le anima á seguir el camino del martirio. Este es uno de los más hermosos frutos que produce en el alma el poder de Dios.

No temáis — decía el Divino Maestro — á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno (2). He aquí un saludable remedio para no caer en pecado. Si el demonio nos tienta, si las pasiones nos halagan é incitan al mal, reflexionemos que al cometer la culpa puede Dios arrojarnos al infierno. Allí están

(1) Mach., 19-26.

(2) Math, X, 28.

Zambri y la compañera de su delito para infundirnos un saludable temor. ¿Por qué no decirnos en esas circunstancias: si me atrevo á cometer la iniquidad, en ese mismo instante Dios Nuestro Señor puede privarme de la vida con una muerte desastrosa? Y entonces ¿qué sería de mí? Ardería para siempre en el infierno en medio de atrocísimos tormentos. ¿Quién podría sacarme de aquel lugar de llanto y de dolor? ¿Podré habitar en medio de un fuego que devora; podré vivir entre los ardores sempiternos? Mi gusano no, nunca morirá, y el fuego de mis tormentos jamás se extinguiría (1). Estas reflexiones nos harían elevar el corazón á Dios Nuestro Señor, pidiéndole el socorro de su santa gracia, y así saldríamos victoriosos de la tentación y con gran mérito para la vida eterna.

La omnipotencia del Señor no sólo impedirá que caigamos en la culpa; mas también nos hará practicar la justicia; porque el que teme á Dios hará buenas obras (2). Los que temen al Señor no serán desobedientes á su palabra, y procurarán las cosas que le son agradables; prepararán sus corazones y santificarán sus almas. Los que temen al Señor guardarán sus mandamientos, y conservarán la paciencia hasta el día que los visite (3).

(1) Isa. XXXIII, 14.—LXVI 24.

(2) Eexl. XV, 1.

(3) Id. III, 18-21.

Dios todo lo puede; por eso nuestra confianza en su poder divino es muy grande, y no reconoce límites ningunos; porque cuanto Él es grande, omnipotente, otro tanto es misericordioso (1). Él tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede (2). La omnipotencia del Señor es para nosotros segurísimo refugio en todas nuestras calamidades y miserias, en nuestras necesidades y congojas, y en las terribles ansiedades que á causa de nuestros pecados nos llenan de amargura y turbación. ¡Ay de mí, oh Señor, porque he pecado demasiado en toda mi vida! ¿Qué haré, miserable de mí? ¿Adónde tendré que huir sino á tus brazos, oh Dios mío? Así nos hace hablarle la Iglesia (3); sí, llenos de desolación y de miseria, y oprimidos por el peso del pecado, correremos hacia el seno del Dios omnipotente, á fin de hallar en Él el remedio de todos nuestros males. Todo lo puede; y su mano, llena de virtud divina, no se ha de abreviar, sino antes bien se extenderá sobre nosotros para colmarnos de su santa gracia.

Al pensar en el sér que amamos, queremos para él todos los bienes; mas si ya los tiene, nuestra alma se llena de dulce complacencia. He aquí lo que nos pasa respecto de Dios Nuestro Señor. Él es el soberano amor de nuestras

(1) Eexl. III, 23.

(2) Sap., XI, 24.

(3) Ofic. def.

almas: ¿qué bien podemos desearle que no tenga? Por eso al pensar en las riquezas que atesora en su divino seno, el gozo de nuestra alma es muy profundo, y la más dulce complacencia del amor con todos sus encantos y delicias inunda todo nuestro sér. Dios todo lo puede; bendito sea Él, bendita sea su omnipotencia, la virtud soberana de su brazo; y al contemplar las obras de su diestra, tenemos que exclamar: ¡Oh cielos, bendecid la gloria del Eterno! Y tú, hermoso firmamento, que eres obra del poder divino, canta las alabanzas del Señor. Vosotros, espíritus de luz, adorad rendidos al que quiso daros la existencia, y entonad á una aquel hermoso cántico de amor y gratitud que habéis enseñado á los mortales: Santo, Santo, Santò, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos de la majestad de vuestra gloria.

La complacencia de que hablamos nos hace descansar, gozando de santísimas delicias, en el seno del Dios omnipotente, á quien tanto amamos. Todo lo puede, y su santa voluntad es reina soberana, cuyos santísimos decretos siempre tendrán que cumplirse. He aquí una dicha inefable que nadie nos puede arrebatarnos; pues sólo el Dios que amamos es el grande, el único Dios verdadero, el que todo lo puede en los cielos y en la tierra. Descansamos, tal vez dormimos en ese amadísimo seno de que hemos hablado; mas, sin embargo, nuestro corazón está velando, y piensa en el Señor; y ¿qué es lo

que piensa? Que tiene para con Dios Nuestro Señor una deuda, en verdad muy grande, de reconocimiento y gratitud. Dios emplea su omnipotencia en hacernos bien; nos franquea sus riquísimos tesoros con una largueza incomparable; prolonga nuestra vida para que hagamos penitencia, y con su santa gracia nos previene é inclina nuestro corazón al amor de la virtud; y al seguir las inspiraciones de su amor, aumenta sus bondades, y caen sobre nosotros sus misericordias cual lluvia fecundante de consuelo y gracia. ¡Cómo dejar de bendecir ese poder excelso y admirable que emplea su virtud soberana en beneficio nuestro!—En verdad que no es posible contar las gracias que se digna concedernos, ni estimar en lo que vale el tesoro de su amor, con que tantas veces se ha dignado enriquecernos; y nuestro reconocimiento y santa gratitud para con Él, ¿dejarán de ser muy grandes? No, no hay que ponerles límites ningunos; ni nuestros labios tienen que callar la gloria y la virtud del Dios omnipotente que así se ocupa en el bien de sus criaturas. Yo celebraré tu fidelidad, oh Señor, al son de instrumentos músicos; te cantaré salmos, ¡oh Dios santo de Israel! De gozo rebotarán mis labios, y mi alma, que tú redimiste, al cantar tus alabanzas. Todo el día se empleará mi lengua en hablar de tu justicia.—¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor; quién entre los hijos de Dios á Él será semejante? ¿Quién como tú, oh

Señor Dios de los ejércitos? Eres poderoso, y siempre en torno de tí está tu verdad. Tú tienes señorío sobre la bravura del mar, y tú sosegas el furor de sus olas. Tú abatiste al soberbio como al hombre que está herido de muerte, y con el poder de tu brazo has abatido á tus enemigos... Tu brazo lleno está de fortaleza.— Descubra tu mano su admirable fuerza, sea enalzada tu diestra (1). Sí, que la diestra omnipotente del Eterno descubra su virtud, y nos salve de todos los peligros y nos conduzca sin tropiezo por las sendas de la santidad y la justicia.

II

Contemplemos ahora nuevos horizontes inundados de divina luz, en los cuales todo es hermoso, admirable y sagrado: la ciencia de Dios. En Dios existe la ciencia más perfecta: se conoce á Sí mismo y se comprende; su entender es su misma substancia; conoce las cosas que están fuera de Él con un conocimiento propio: su ciencia es causa de las cosas (2); su conocimiento es infinito: conoce todo lo futuro; su ciencia es invariable; la inmaterialidad de una cosa es la razón de ser cognoscitiva, y el modo del conocimiento es el de la inmaterialidad, y

(1) Ps. LXX, 22-24.—LXXXVIII, 7-14.

(2) D. Thom. cft. q. XIV.

Dios está en el punto más elevado y culminante de lo inmaterial; por esto su conocimiento es, sobre toda expresión, elevadísimo y perfecto.—Dios es un acto purísimo, y nada potencial existe en el sér necesario; por esto en Él lo entendido y el entendimiento son una misma cosa: se conoce, pues, á sí mismo, por sí mismo. Este conocimiento comprende todo lo que hay en el mismo Dios; conocimiento que es tan perfecto cuanto puede serlo; y la facultad de conocer es tan grande en Dios, como la actualidad de su existencia; porque es cognoscitivo porque existe en acto y nada hay en Él ni de materia ni de potencia; y por esto se comprende Él mismo con la más elevada perfección. El entender de Dios es su misma substancia; pues si ésta y aquél fuesen diversos, sería indispensable que alguna obra fuese acto y perfección de la substancia divina, siendo ésta lo que la potencia con relación al acto, lo cual en Dios es imposible. Entender es una operación inmanente en el que la ejecuta como su acto y perfección, así como la existencia es perfección del que existe; porque así como el sér sigue á la forma, el acto de entender sigue á la especie inteligible; mas en Dios la forma no es distinta de la existencia; y siendo su esencia misma la especie inteligible, se sigue que su mismo entender es su esencia y su existencia. En Dios el entendimiento que entiende, lo entendido, la especie inteligible y el entender, son una misma cosa.

Esta ciencia de Dios no es discursiva, porque Dios ve en sí mismo, como en causa, todos sus efectos. Es además la ciencia de Dios causa de las cosas; porque Dios produce los seres por su inteligencia, pues su entender es su sér; por esto es necesario que su ciencia, según que está unida á su voluntad, sea la causa de lo que existe. Él conoce también las cosas que no existen, pues éstas pueden ser de alguna manera; lo son, absolutamente, las que existen en acto; mas las otras son en potencia, ya del mismo Dios, ya de la criatura; y Dios conoce todo lo que la criatura puede hacer, pensar ó decir; y también lo que Él mismo puede hacer, aun lo que no existe.—Conoce lo bueno, lo malo; ya que para conocer perfectamente una cosa es congruente se sepa todo lo que la pueda sobrevenir, y lo bueno pueda corromperse por lo malo; así, por lo mismo que Dios conoce lo bueno, conoce también lo malo, como se conocen las tinieblas por la luz.—La ciencia de Dios conoce cosas infinitas, pues conoce aun las que están en potencia, las cuales realmente son infinitas. Sabe los pensamientos y los afectos del corazón que hayan de multiplicarse hasta el infinito en las criaturas racionales, cuya existencia es inmortal.—Todo lo que existe está presente á Dios desde la eternidad, no sólo en el concepto de que todas las razones de las cosas le están presentes desde entónces, sino porque su mirada las abarca todas, tales como son en su actualidad presencial.—La ciencia de Dios

es invariable, porque es su misma substancia, y ésta no puede cambiar.

Dios se ve á sí mismo, y comprende perfectamente su divina esencia. ¿Qué es esta mirada, esta vista divina, este conocimiento de su esencia? Es esta misma con toda su hermosura y sus encantos, y su poder divino, y su infinita grandeza, y su ádorable y eterna santidad, y su perfección absoluta. ¿Quién sino Él mismo puede comprenderse? Al hombre miserable no le corresponde escudriñar esos misterios de divina gloria, sino adorarlos en la humildad más profunda de su corazón. Cuando el Cordero de Dios abrió el libro sellado con los siete sellos, dice San Juan en el Apocalipsis, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los Santos, y cantaban un cántico nuevo. Esos ancianos se postraban también delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive por los siglos de los siglos (1). Esto mismo tenemos que hacer acá en el mundo nosotros al pensar en la ciencia de Dios y en la grandeza infinita y en la eterna majestad que tiene en sí mismo. Digno eres, oh Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poderío, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad subsisten y fueron criadas. ¡Qué abismo de grandeza, de luz y de divina

(1) V, 8, 9, y 10.

gloria es la ciencia de Dios! Todo lo sabe; nada puede ocultarse á sus miradas; todo lo ve, aun el mal que no tiene cabida en esencia divina; el mal que no ha hecho, ni puede ser conocido por sí mismo, Dios lo conoce según que su inteligencia es la luz universal del bien. Si la luz fuese inteligente, sabría donde alumbra y donde no alumbra: conocería la claridad y las tinieblas. El bien es la claridad, el mal las tinieblas. En su día sin declinación Dios ve las tinieblas del mal, ya sean defectos de la naturaleza, ya castigos de los culpables, ya infracciones de la justicia y del deber. ¡Oh, Dios mío—decía David,—tú sabes mis necesidades y ninguno de mis delitos te es desconocido! (1).

El pecador y el justo ante la ciencia de Dios. ¡Cuán terrible y espantosa es la ciencia de Dios para el pecador! Nada se oculta ni puede ocultarse á esa ciencia divina que todo lo conoce. Ante ella están patentes todas las obras, las palabras y los pensamientos del impío; todos sus designios y aun los más ligeros movimientos de su corazón. ¿En dónde podrá ocultarse á las terribles miradas del Señor; en qué lugar dejará de oír la voz de su justicia? Ese desgraciado puede decir con toda verdad: Tú sabes cuanto hago, ora esté quieto, ora vaya de camino. Desde muy lejos penetras mis pensamientos y has averiguado mis pasos y designios; previste todas las acciones de mi vida;

(1) Ps. LXVIII, 6. Montsabré conf. c. t.

todo lo sabes aunque mi lengua no pronuncia palabra. Todo lo conoces: lo pasado y lo futuro... ¿Á dónde iré que me aleje de tu espíritu, ó á qué lugar habré de retirarme que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro... Tal vez las tinieblas me podrán ocultar—así dije en mi corazón—mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres; porque las tinieblas no son oscuras para tí y la noche es clara como el día; obscuridad y claridad son para tí una misma cosa (1).

Oirá el impío la voz de la justicia del Señor, que le habla en estos términos: Has cometido la culpa y yo he callado.—¿Pensaste injustamente que yo había de ser como tú? Mas yo te pediré cuenta de tus maldades, y te las arrojaré sobre tu rostro. ¡Qué indecible tormento, qué amargura para el hombre que vive en el pecado! Entended esto bien—añadía David á las palabras antes citadas—entendedlo vosotros los que andais olvidados de Dios; no sea que algún día os arrebate, sin que haya nadie que pueda libraros.

La ciencia de Dios para los justos es clara y apacible luz que ilumina todas sus sendas y los llena de consuelo. Es para ellos Dios Nuestro Señor padre cuidadoso y compasivo y que nunca llega á abandonarles; que los corona de misericordias y de gracias, y que de ellos se

(1) Ps. CXXXVIII, 2-12.

apiada como el más tierno y compasivo padre; porque Dios conoce, dice la Escritura, la fragilidad de nuestro sér. Tiene muy presente que somos polvo, y que los días del hombre son como el heno: cual la flor del campo, así florece y se marchita... Pero la misericordia del Señor es eterna y dura para siempre sobre aquellos que le temen (1).

¡Oh, Dios mío! que vuestra ciencia alumbre todos mis caminos y dirija mis pasos hacia Vos, en quien está la fuente de la vida, y en cuya luz veremos la luz de indeficiente y eterna claridad; y al contemplar vuestra divina hermosura, quedaremos embriagados con la abundancia de tu casa, y nos harás beber en el torrente de tus delicias (2).

(1) Ps. CII, 13-17.

(2) Ps. XXXV, 9, 10.



CAPÍTULO III

EL AMOR EN DIOS NUESTRO SEÑOR

I

Dios, el Sér de los séres, acto purísimo, inteligencia infinita, tiene una voluntad perfectísima, y por esto hay en Él amor; porque el amor es el primer acto propio de la voluntad, y por lo mismo donde ésta existe, hay amor (1). El primer movimiento de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor. El acto de la voluntad tiende al bien y al mal como á sus propios objetos; entre estos, el bien es por sí el principal y directo, y el mal el secundario é indirecto, esto es, en cuanto que se opone al bien. Síguese de aquí que los actos de la voluntad y del apetito concernientes al bien, son primero que los que se refieren

(1) D. Thom, cit. q. XX.